

CON PALABRAS AJENAS

Lejos de ser un castigo, Babel es tal vez una bendición misteriosa e inmensa. Las ventanas que abre una lengua dan a un paisaje único. Aprender nuevas lenguas es entrar en otros tantos mundos nuevos.

George Steiner

El autor no es solo un poeta o un novelista, sino un personaje de nuestra propia biografía.

W. H. Auden

La primera vez que tuve contacto con una lengua ajena fue en los primeros años sesenta, cuando pasé un verano en Biarritz con la familia de mi madre,

exiliada allí, y cuyo trato habíamos vuelto a recuperar después de muchos años de distancia. Acababa de iniciar mi adolescencia y, por primera vez lejos de casa, con unas nociones de un francés escolar más que rudimentario, me enfrentaba a una lengua que no entendía y en la que no podía expresarme ni actuar, una lengua que enunciaba una forma de vida y de estar en el mundo muy distinta a la de mi pequeña ciudad burgalesa, rigurosamente monolingüe, en la España gris y pacata de los sesenta.

Resulta difícil entender hoy, desde esta aldea global, las diferencias que marcaban a dos ciudades separadas por poco más de 150 kilómetros; unas diferencias que se hacían evidentes en todos los aspectos de la vida cotidiana, desde las relaciones entre *les garçons et les filles de mon âge* que escuchábamos las canciones melancólicas de Françoise Hardy y estrenábamos juventud al ritmo del *Viens danser le twist*, de Johnny Hallyday, hasta el pecaminoso bikini, las boinas y los *shorts* de nuestra vestimenta o los desconocidos sabores y aromas de la comida, como el olor de mis primeros *petit-suisse* frescos, envueltos uno a uno en papel vegetal, que el lechero dejaba en nuestra puerta todas las mañanas en unas cajitas de cartón blando.

Recuerdo mis recorridos por Biarritz Bonheur, los grandes almacenes de la ciudad que vendían aquellos preciosos boles de colores en los que, veinte años después, desayunaban aún *Pauline à la plage* y otros personajes de las películas de Rohmer. La ciudad mantenía parte del *glamour* que la había convertido en destino de la realeza y la aristocracia durante el siglo anterior, con sus hermosas playas y caserones, sus tiendas de moda y el Casino Barrière, en el que probaban suerte los españoles que viajaban a ella. Pero, a pesar de sus innumerables atractivos, no serían estos los que marcarían mi primer encuentro con lo distinto, con lo otro, sino las palabras ajenas, el deseo de entender, de reformular, en mis propios términos, la realidad que me rodeaba.

Me colocaron en la estancia de mi tía abuela Justine, una mujer luchadora y resuelta, miembro de la resistencia durante la Segunda Guerra y una gran lectora, que acumulaba en su habitación cientos de libros. En la soledad de aquel mundo de palabras desconocidas, de libros incomprensibles, supe que algún día lograría descifrarlos. Aquel fue el verano de mi silencio, el verano que permanecí muda, encerrada en mi incapacidad para expresar algo que no fueran meras aserciones al ça

te plait? o tímidos *je voudrais*, unas pocas palabras que lentamente se desvelaban a mi comprensión.

Tuvieron que pasar dos años más para que, entre los libros de mi tía Justine, encontrara *Claudine à l'école*, mi primera Claudine, una novela que Colette había escrito en 1895 y en la que asombrosamente creaba el modelo de la adolescente moderna, una colegiala que a mí me resultaba entonces tan nueva y diferente, y que quedaría asociada para siempre a la trasgresión. Colette, la espléndida escritora escurridiza e inclasificable, la mujer más libre de Francia, contradictoria y poderosa, que «pasaba sus guerras en París», artista del *music-hall*, amante de hombres y mujeres, trabajadora incansable, que no se conformaba con las 500 libras y la habitación propia de Virginia Woolf, sino que, según Thurman, su biógrafa, «aspiraba a cincuenta mil al año, y a una villa propia con un buen chef, un gran jardín y un guapo muchacho», me abría una puerta que, según yo intuía entonces, me permitiría adentrarme, aunque torpemente todavía, en una lengua y en un territorio nuevos y prometedores.

Colette, a quien el arzobispo de París negó una ceremonia religiosa a su muerte, pero que recibió el primer funeral de Estado que la República había dado a

una mujer, fue mi mentora, y entre sus libros dejé atrás definitivamente la infancia.

Muchos años más tarde, cuando Jacobo Siruela me encargó la traducción de *Secretos de la carne. Una vida de Colette*, la espléndida y voluminosa biografía escrita por Judith Thurman a lo largo de diez años, volví a releer sus novelas, en las que la biógrafa se apoya literalmente para narrar el recorrido vital de la extraordinaria escritora, como queda evidente en las más de 1680 notas del libro, la mayoría referidas a las novelas de Colette. Al aceptar el encargo, no fui consciente de la complejidad de la tarea que iniciaba ni de que curiosamente implicaba un asunto de traducción, puesto que Thurman se remitía constantemente en sus notas a las novelas de Colette traducidas al inglés, algo que evidentemente yo no podía mantener en la mía. Tuve que rastrear cada una de aquellas referencias del inglés al francés y de vuelta al castellano, una tarea ímproba a la que a punto estuve de renunciar, de no haber sido por mi gratitud a la escritora que tanto me había enseñado.

El francés se fue convirtiendo en una lengua cercana, familiar, comprensible, y las lecturas se multiplicaron; llegaron Camus, Rimbaud, Mallarmé, Flaubert y Balzac, al ritmo de las canciones de Brassens o Barba-

ra como banda sonora de mi vida. No entiendo bien por qué nunca traduje de esta lengua, aunque tal vez, visto desde ahora, fuera simplemente que dejó de tener misterio, dejó de resultarme extraña.

Años después, en los primeros setenta, recalé durante unos meses en Londres huyendo del ambiente asfixiante de la España del momento. Allí, mientras sobrevivía haciendo camas en hoteles y en otras tareas reservadas a mis compatriotas, descubrí y leí a autores que por pocos peniques compraba en las librerías de segunda mano de Charing Cross, hoy prácticamente desaparecidas, y en puestos callejeros de Knightbridge, el barrio donde yo ocupaba una de aquellas habitaciones con chimeneas cegadas, sustituidas por estufas activadas con peniques: restos desmembrados de lo que un día habían sido fabulosas casas victorianas y eduardianas. Los volúmenes usados de Jane Austen, Emily y Charlotte Brontë, Oscar Wilde, Virginia Woolf, T. S. Eliot, Henry James, E. M. Forster y tantos otros, con dedicatorias anónimas y el precio a lápiz en la primera página, se fueron acumulando en mi diminuto apartamento, joyas que a mi vuelta tuve que abandonar allí y que aún hoy añoro. Fue de aquellas lecturas, guiadas tan solo

por el disfrute, que, según dice Auden, «no es, en ningún caso, una orientación crítica infalible, pero es la que yerra menos», de donde surgió el deseo de apropiación de aquellos textos, de entenderlos a fondo y en detalle, el deseo de reformularlos en mi propia lengua, de prestarles mi acento, de hacerlos accesibles a otros, de agradecerles los descubrimientos que enriquecían mi vida y me iban conformando.

Pasaron años en los que muchas cosas cambiaron en mi vida y en los que el estudio de la filología inglesa y el traslado a otra ciudad fueron decisivos. Poco después de mi llegada a Barcelona, escuché un comentario sobre un curso de traducción literaria que el escritor y traductor Sam Abrams impartía en el Instituto Norteamericano de la ciudad. Por lo que contaban, el curso merecía la pena y, a pesar de que mi situación en aquel momento, recién llegada a la ciudad con una hija pequeña, un trabajo como profesora de inglés en secundaria y mi pareja cumpliendo en Melilla una mili largo tiempo pospuesta, no me permitía grandes alegrías, decidí matricularme. Aquel curso fue providencial en mi decisión de emprender una actividad que me atraía poderosamente, pero que no tenía ni idea de cómo abordar.

Fue Sam Abrams quien me presentó a Kate Chopin y Marianne Moore, dos autoras norteamericanas entre los siglos XIX y XX, y quien me animó a leerlas y traducirlas. Sin editor, sin encargo y sin oficio me lancé a traducir *El despertar*, y con el atrevimiento que a veces da la inexperiencia se la propuse a Jesús Munárriz, de Hiperión, que la aceptó, y publicó por primera vez en español una obra de Kate Chopin con prólogo de la traductora.

Entrar en Moore fue algo muy distinto. Leí su poesía y, cada vez más perpleja, sin entender casi nada y bastante desmoralizada, se la devolví a mi profesor, que insistió en que la releyera hasta romper la coraza. Quizás sean las palabras del escritor Randall Jarrell las que mejor describan mis iniciales respuestas de lectora a los poemas de Marianne Moore: «No los entiendo del todo, pero me encanta lo que entiendo; y lo que no entiendo, me gusta todavía más». Algo parecido sentía yo con aquella poesía resistente a lo autobiográfico y a lo sentimental, con una extraña métrica y una dicción reticente y elíptica que mostraba una extraordinaria capacidad para observar y poner en relación fragmentos de la realidad muy alejados entre sí; me resultó fascinante, me enganchó, me enamoró, aunque no me

atrevería a pensar aún en traducir su poesía. Sin embargo, fue la lectura del ensayo «Marianne Moore», de W. H. Auden, lo que me animó definitivamente a insistir en una poesía que día a día se abría y me revelaba lo visible, oculto en «el poder de lo invisible», y desplegaba sus significados ante mí. Si Auden sostenía que, aunque no lograba entender sus versos, se sentía atraído por aquel tono de voz y, en consecuencia, se alegraba de haber perseverado en su lectura porque por aquel entonces existían «pocos poetas» que pudiera leer «con tanto placer», ¡cómo no iba yo a perseverar también! Insistí, releí, ejercité la paciencia y poco a poco encontré el «ábrete sésamo» que me permitiría acceder al tesoro de su escritura. La intuición de que podría romper aquella coraza si insistía lo suficiente y de que el ejercicio sería gratificante resultó cierta.

A mediados de los ochenta, pude pasar dos cursos en Dublín, años decisivos para mí en los que disfruté de largas horas dedicadas al estudio en la espléndida biblioteca del University College, de charlas con los poetas irlandeses que conocí y con algunas de las personas más extraordinarias que he tenido la suerte de encontrar a lo largo de mi vida, como el escritor y traductor Giovanni Pillonca, la socióloga Aurora Caredda

o mi colega en el Kevin St. Technical College Colette Weaire, con quien discutí interminablemente los poemas de Moore y quien me ayudó a desentrañar versos de su poesía de muy difícil interpretación.

Por tanto, estas páginas no tratan de ser —aunque tengan un poco de todo ello— un ensayo de crítica literaria o de traducción ni una autobiografía ni siquiera un escrito reivindicativo de la actividad del traductor o un manual para estudiantes de traducción literaria, sino un ejercicio individual de introspección en la propia tarea para intentar describir el proceso con el que me enfrento a un texto ajeno, me apropio imaginativamente de él y lo devuelvo en otro tiempo, con otras palabras, en otra geografía y para otros lectores. ¿Qué me impulsa a traducir, por qué traducir literatura, qué hay de nosotros en la elección de unos textos y en el rechazo de otros, en esas preferencias apasionadas,¹ qué afinidades electivas, cómo dialogan texto y lector y

¹ Marianne Moore cuenta al poeta Donald Hall, en una entrevista realizada en 1960, que Robert Frost, al ser preguntado en una ocasión si era selectivo, respondió: «Llámelo apasionada preferencia». Una respuesta que aprovecho para dar título a este ensayo. La entrevista está recogida en mi edición de *Poesía completa*, de Marianne Moore.

cómo inciden esos textos traducidos en la vida del traductor? Me pregunto también si es posible enseñar a traducir literatura, si se puede transmitir algo más que el entusiasmo y la pasión por lo que una hace, si se pueden sistematizar los conocimientos que se van adquiriendo para poder comunicarlos al aprendiz de traductor.

Este ensayo trata, pues, del intento de contar desde dentro mi relación personal e intelectual con algunos de los libros que he traducido y con sus autores, de dar respuesta a una cascada de preguntas que se me plantean cada vez que repienso la extraña actividad de quien no inventa, pero escribe, de quien se mimetiza, se oculta y se pone a salvo tras las palabras de otro, de quien traduce. Seguramente, y frente a otra posible cascada de respuestas, no sea la menor mi agradecimiento a unas obras que me han conformado, abierto caminos de estudio y entendimiento, y que, en último término, de no haberlas leído, de no haberlas traducido, mi vida sería menos rica de lo que es.

Así pues, antes de continuar, quisiera dejar clara la base sobre la que se asienta esta reflexión y que ha definido y define en gran medida mi actividad como traductora literaria, un trabajo intenso, pero no exclusivo.

Siempre he tratado de alimentar a mi Jeekyll y mi Hyde, de buscar el equilibrio entre la extroversión, la actuación, el vaciado constante y la interacción que me ofrecía la enseñanza, con el silencio, la obsesión, la investigación y el encierro con el texto que me aportaba la traducción. Esa circunstancia me ha permitido no solo tomar la iniciativa y proponer al editor los libros que quería traducir o aceptar encargos atractivos que espoleaban mi interés, sino que me ha servido de puente con generaciones de alumnos a los que he tratado de enseñar a leer y a mirar con ojos de traductora.

Este último aspecto de mi trabajo, el de la enseñanza de la traducción literaria en una Facultad de Traducción, a lo largo de más de veinte años, es el que me impulsó en un determinado momento a tratar de sistematizar mi forma de abordar la lectura minuciosa del texto y fijar la atención en cómo y en función de qué se manifiestan los aspectos más relevantes que lo marcan como único y que necesariamente habrán de aparecer en la traducción. Seguramente, la intuición del traductor sea suficiente para justificar esta tarea; una vía de acceso al conocimiento que quiero reivindicar aquí porque no es algo trivial, sino que es la concreción en un momento dado de los muchos y diversos saberes que el

traductor atesora y que en el ejercicio de su actividad se ponen en marcha y se concretan en sus elecciones; decía que bastaría esa intuición para justificar en una traducción las distintas elecciones de unas formas a costa de otras, pero si, además del ejercicio de traducción, queremos transmitirlo, tendremos necesariamente que reconstruir el proceso, describirlo, reflexionar sobre él y sistematizarlo, recorriendo ese doble camino que va del texto traducido al análisis, y el inverso, del análisis y estudio previo a la reescritura del texto.

LA MIRADA DEL OTRO: OBSERVAR PARA TRADUCIR

El poder esencial lo ejerce la mirada.

Jorge Guillén

Leer otro idioma disloca la mirada, la desplaza a un
lugar desconocido.

Nuria Barrios

Si con frecuencia al hablar de traducción literaria se suele hacer hincapié en la importancia del oído, de escuchar las palabras del texto para poder reproducir sus efectos, en este ensayo insistiré en la importancia de la